

LA “EDUCACIÓN PARA LA CIUDADANÍA”

Juan Antonio Martínez Muñoz*
Universidad Complutense

El gobierno socialista ha establecido recientemente una nueva asignatura para los estudiantes españoles: “La educación para la ciudadanía” que se pretende exigir forzosamente tanto en educación Infantil, como en Primaria, ESO y Bachillerato, a la par que se devalúa la religión. Algunas personas, quizás más de las deseables, ven con indiferencia esa imposición; el gobierno se complace con tanta desidia porque deja en sus manos la vida moral de los jóvenes votantes futuros. Pero las personas más preocupadas por la autenticidad de la educación la ven con preocupación. El hecho de que vaya en la misma dirección de los demás intentos de anteriores gobiernos de la misma orientación política por dismantelar el tradicional modelo educativo de excelencia moral y mérito intelectual hace que la desconfianza aflore. Bajo el dominio de gobiernos socialistas España ha conocido ya importantes asaltos a la educación moral pero el que ahora se avizora puede tener un calado más hondo y ser la vuelta de tuerca definitiva para liquidarla, sólo salvable por la habitual ineficacia general del sistema educativo.

Probablemente la educación española no haya tenido, durante los últimos siglos y salvo contadas excepciones, el nivel que exigía el mantenimiento y desarrollo de la valiosa cultura hispana y tampoco haya respondido del todo a algunas necesidades técnicas, científicas o culturales. De lo que no ha carecido es de numerosas críticas que, por lo general, sobre todo últimamente, exageran las deficiencias y ocultan lo valioso de la empresa educativa, nunca definitivamente acabable. Se han aprovechado algunos defectos conocidos para proponer cambios que, con el señuelo de mejoras culturales o soluciones científicas, sólo ofrecen resultados ideológicos lucrativos al poder mundial dominante. Curiosamente esos beneficios van indisociablemente paralelos al hundimiento del nivel científico de los estudios que cuidadosamente se esconde. Cuanto más baja el nivel intelectual, más lejanos se hallan los resultados prometidos, siempre situados en el mundo de la utopía. De ello se puede fácilmente inferir no sólo que las críticas a la educación moral carecen de sentido sino que suenan a resentimiento. Tampoco es infrecuente acusar a la educación libre o privada de negocio, a cambio nunca se habla del negocio de lo público (el que se hace al amparo de la incontrolable opacidad de la inversión pública que sirve de soporte financiero a un amplio abanico de grupos de presión, organizaciones y empresas que sin invertir, ni arriesgar, ni ofrecer cuenta de resultados, consiguen la subvención con métodos cercanos a la subversión para reforzar sus ocultos intereses).

Lo más característico de las propuestas socialistas, aparte de la crítica destructiva, es la utilización política de la educación como herramienta para conformar una sociedad acorde a sus intereses o, más bien, a los de su casta dominante, siempre bajo el disfraz de la ciencia, del progreso y de lo “público”. Tan convencidos parecen de su bondad, por más que sólo

* Artículo publicado en la revista "LEA. La Escuela Agustiniiana" (Madrid) nº 87, abril-junio 2007, págs. 14-19 (ISSN: 1577-7197).

oculte su propio provecho, que compulsivamente lo imponen. El que los supuestos interesados lo rechacen e incluso huyan del sistema público, tan avanzado, no parece preocuparles; frente al progreso no cabe libertad y, además, lo que les importa es gestionar muchos fondos por pocos individuos, democráticamente elegidos. Nunca se ha visto al sector defensor de lo público invocar respecto a ello el mismo grado de libertad de opción que atribuyen, por ejemplo, a las decisiones sobre cuestiones sexuales. Lo que se juega el poder dominante es suficientemente significativo como para no permitir que la libertad agriete el compacto entramado económico-ideológico de lo público, negocio del que nunca se habla.

La importancia de la educación

Todo el mundo supone que la educación es importante. Sin duda lo es. Pero el mero hecho de atribuirle importancia no necesariamente se traduce en la aplicación de los esfuerzos requeridos por esa categoría; mucha gente no se la toma en serio a título personal debido al esfuerzo que requiere. Otros excesivamente preocupados por gestionar sólo su alimentación, su deporte, su ocio o su sexualidad muestran la más completa desidia respecto a la educación y delegan tácitamente sus necesidades educativas en un gobierno que seguramente las conoce mejor, puesto que ha sido elegido para ello, pero por quienes las desconocen. Así se constituye en proto-educador no sin gran provecho para su turbio negocio ideológico. Por lo demás, el simple dato de que nominalmente todos consideremos importante a la educación no resuelve algunos problemas cuya solución sería condición para poder compartir los medios y el espacio educativo público pues no dice nada de qué, ni cómo, ni para qué hay que educar.

Para otros la educación es primordial y le dedican ingentes esfuerzos, a esa consideración contribuye poderosamente el que nosotros vivamos en una cultura y una sociedad que, en gran parte, son resultado de un proceso educativo continuado durante siglos, de cuya historia nos reconocemos formando parte en cuanto gozamos un orden social, una economía, un arte, una literatura, una ciencia, unas formas de vida que dependen de la religión y la moral a esa cultura asociadas. Desde este mismo punto de vista es de vital importancia la educación moral puesto que el éxito o el fracaso de nuestra vida y la confianza que otros puedan depositar en nosotros dependen fundamentalmente de nuestras condiciones morales (de las condiciones más que de las simples convicciones) y de las religiosas puesto que el sentido de la gran tradición cultural depende de la fe, el de la esperanza básica del hombre que impulsa sus esfuerzos también. Es igualmente importante la educación política de las personas; de la misma manera que para administrarse bien se requieren ciertos conocimientos de economía, también resultan valiosos otros políticos, pese a que en una democracia no se precise ningún tipo de formación para participar votando. En esta línea la nueva asignatura podría venir a llenar un cierto vacío, pero sobre el contenido con el que se ha de llenar no parece que se pueda conseguir un acuerdo.

Dificulta el compromiso el que, en manos del actual gobierno, los objetivos del sistema público y de la enseñanza libre difieren casi radicalmente. La enseñanza pública busca evitar problemas sociales: paro, drogadicción, delincuencia, marginalidad, etc. conduce al entretenimiento y la estabulación, a explotar un cautivo yacimiento de votos. La tradicional educación libre busca elevar el nivel intelectual, hacer buenos profesionales y mejores personas en definitiva, para ello necesita contar con la moral y la religión. Ninguna consigue plenamente los objetivos, pero el fracaso de las aspiraciones de la educación pública no se

crítica con la misma ferocidad que al de la escuela libre, con ser menor. Por lo demás, la divergencia de objetivos hace imposible cualquier acuerdo que no sea meramente ocasional o accidental.

Imposibilita toda conciliación el que la educación moral y religiosa, lamentablemente, sea vista como un obstáculo a la transformación social para conseguir un mundo con seres humanos más seguros de sí mismos y, a la par, más dóciles con el poder mundial dominante y sus gobiernos. En esos gobiernos se deposita la responsabilidad de aquello que algunos no consideran oportuno ocuparse, como la educación, por tener que ir al fútbol, por ejemplo. Si prácticamente hay que pedir perdón por existir educativamente ¿cómo se puede lograr en esas condiciones la confianza precisa para un acuerdo? El afán exterminador de la libertad religiosa por el socialismo hace imposible cualquier dialogo y compromiso sobre la educación y la imposición de esa nueva asignatura un peligro claro porque va dirigida a sepultar la dignidad personal del hombre.

¿Cuáles son los riesgos?

Quizá el principal riesgo de la nueva propuesta es encadenar a las personas al carro que arrastra hacia el monopolio educativo donde la educación libre sea residual y el “montaje” de la planificación absorba cualquier iniciativa personal o comunitaria; pero no menos peligroso es la transformación cultural que persigue y para la que necesita una disolución moral y su correspondiente restricción de libertad. Los riesgos están en sus costes, el peligro mayor es su carácter irreversible: el totalitarismo socialista al que se dirige.

El coste en libertad

Los riesgos inherentes al monopolio están suficientemente estudiados y desacreditados en la economía, lo que no significa que no haya que hacer un esfuerzo constante por evitarlos; el riesgo es mayor cuando se monopolizan los aspectos culturales y morales de la vida humana, por más que habitualmente vayan unidos a los económicos. Cualquiera que haya leído la novela *1984* de Orwell puede comprobar hacia dónde conduce el proyecto de planificación global, implícita en la educación para la ciudadanía. El que esa obra presente más parecidos con las actuales circunstancias políticas que con el stalinismo en el que está inspirada resulta aún más preocupante si cabe. Los calamitosos resultados de la planificación del sistema soviético producen asombro, sobre todo por lo poco que se ha aprendido de tan monstruoso sistema político y los intentos de reimplantarlo larvados en la educación para la ciudadanía. Del mismo modo que recientemente China ha admitido la propiedad privada sin que se haya hecho examen de conciencia acerca de los millones de crímenes cometidos para abolirla (en realidad los socialistas no pueden hacer examen de conciencia sino autocrítica), con la educación sucede algo similar, si bien sus consecuencias se pueden encubrir más fácilmente; basta acudir al pluralismo para explicar tanto el que en España los padres no puedan elegir libremente la lengua en la que estudien sus hijos como tampoco su educación moral.

El propio título de la asignatura nos dice que no se va a educar para la humanidad, sino para la ciudadanía. Incluso en el caso de que eso no signifique lo mismo que simbolizaba para los revolucionarios franceses, en cuyo caso habría que temblar, lo cierto es que educar seres humanos según las necesidades del sistema político es fraudulento; éste sólo necesita

consumidores de lo que produce (de alimentos, de vestido, de política, de tráfico, de ocio, de “cultura”... de drogas incluso), no necesita buenas personas como exige el carácter personal del hombre; la educación no se orienta a mejorar la personalidad sino a evitar problemas sociales, como la drogadicción, la delincuencia, la violencia de género, pero no así la terrorista. El politicismo de la ciudadanía ahoga el humanismo de la personalidad.

El coste cultural

Pero el actual intento de modificar la educación también pretende sustituir una cultura por otra; en este caso nuestra propia cultura es la que puede ser eliminada. Para entender lo que esto representa podemos preguntarnos cómo quedan los logros una cultura bajo el dominio de otra radicalmente diferente e, incluso, opuesta. Pensemos cómo quedaría, por ejemplo, el museo del Prado bajo un predominio político o social islámico donde no se acepta la representación de imágenes. Nos ayudaría a hacernos una idea de cómo puede acabar, bajo un completo predominio socialista, no sólo el museo del Prado, sino la literatura barroca, la mística, los edificios religiosos que dotan de personalidad a nuestras ciudades, muy probablemente convertidos en almacenes como lo fueron en la época soviética; cómo aparecería nuestra historia, lo hemos visto ya en muchas de sus películas, ridiculizada y vilipendiada por una utopía nunca desvelada. Ese cambio depende de la educación en la medida que ésta es el vehículo transmisor de una cultura, cuyos principales elementos deben considerarse logros, conseguidos con esfuerzo; pero su valor intrínseco no evita que otras culturas los desprecien y que quieran destruirlos al verlos como meros obstáculos para la implantación de la propia. En la nueva asignatura eso se persigue con el modelo de ciudadanía y de lo público.

La presentación de lo público como único espacio adecuado para la educación es una trampa, acentúa la lucha por el control del espacio público, dominar ese marco es inseparable de mantenerse en el poder. A los efectos de conseguir ese control cualquier estrategia vale, también vale cualquier medio. La cultura más selecta no puede concurrir en un ámbito donde se siguen reglas destructivas del valor y de la nobleza de sus realizaciones; la cultura de consumo del poder se impone. El coste cultural no es aceptable más que para quienes carecen de cultura.

El coste moral

Si ya la libertad queda malparada, no menos vulnerada resulta la moral que le es inherente. La educación moral es necesaria en la conformación de la personalidad, exige un esfuerzo cognoscitivo y una adecuada ejercitación práctica. Tradicionalmente se ha vinculado toda la educación, incluida la moral, al talento, al esfuerzo a la constancia, al espíritu de superación, al amor a la sabiduría y a la admiración por la verdad por encima de cuales sean sus exigencias. También la educación moral se basa en el amor al bien y el sacrificio para su realización o consecución. Pero ese esfuerzo moral necesario realizar para llevar a cabo una vida moral, similar al que fue preciso para que se llegara a estrenar, por ejemplo, la novena sinfonía de Beethoven, se banaliza por el pluralismo que relativiza y desconoce cualquier esfuerzo en virtud de un gusto musical o moral informe.

Pero al pluralismo que anula el valor moral de la vida se le une la alucinógena suposición de que el estado tiene más interés en la educación de las personas que sus padres,

lo que pone la base para la suplantación de éstos por los funcionarios del estado, convenientemente adiestrados y adoctrinados en pluralismo, que opera la nueva asignatura. La supresión del esfuerzo moral se consigue con la mera estabulación en los colegios, con la visión lúdica de la enseñanza, en continuidad con las televisiones, para hacer una sociedad anodina, insensible a las exigencias de la verdad, con una adaptación mimética y casi inconsciente a los intereses del gran poder dominante. Si no es libre tampoco se puede considerar moral esa educación para la ciudadanía.

El coste económico

Conocer el coste financiero de la educación es igualmente importante, y lo sería más si se evaluara el rendimiento. Pero sobre ellos hay una densa opacidad informativa y contable. Si no conocemos el coste no podemos tomar conciencia del agravio que supone que la educación pública tenga el doble del coste de la educación libre.

El coste medio de la plaza escolar, según un reciente informe del Consejo Económico y Social de la Comunidad de Madrid, ronda los 7.200 Euros por alumno, para una plaza universitaria, aunque el alumno normalmente sólo paga unos 1.200 Euros (esto es un 16,7 por ciento), como quiera que en la enseñanza privada cuesta, poco más o menos, la mitad, necesitaría una justificación de ese derroche de recursos del sistema público, pero no aparece por ninguna parte, ni siquiera se pide.

Por otra parte, lo cierto es que cada familia que paga la educación de sus hijos, por los motivos que sean, en escuelas libres paga más del doble; no sólo paga la plaza que sus hijos no ocupan en el sistema colectivista sino que la paga al más del doble del precio de lo que a él mismo le cuesta un colegio selecto. La generosidad de los padres y su preocupación con respecto a los hijos es encomiable, muchas veces el esfuerzo se compensa con los resultados, pero eso no justifica tener que pagar más del doble del servicio que se recibe o que incluso no se recibe.

Igualmente en la perspectiva del actual furor legislativo contra la libertad de enseñanza el dato de cuánto pagan los sectores neutralizados por la educación pública es una pregunta que nunca se expresa y la información sobre la misma nunca aparece; así se evita la crispación, como dice el refrán: ojos que no ven corazón que no siente.

La ausencia de sendos datos presenta los rasgos característicos de una estafa, aunque sin la adecuada tipificación penal. Respecto a ello la retórica de lo público no puede ser más que el embaucamiento de un timo. Sólo mediante la imposición coactiva de lo público se implanta aquello cuyo coste nadie aceptaría si pudiera hacer cuentas libremente.

¿Cómo afrontar los riesgos?

La preocupación por el significado de los cambios legales es ya importante, al menos no denota pasividad o desinterés que, en un tema como el de la educación, sería nefasta. Mucha gente está más preocupada por su alimentación, su salud, su ocio, que por su educación o la de sus hijos (al menos están dispuestos a pagar más por ello), lo cual es condición para abdicar de sus responsabilidades y para que otros vengan a considerarse gestores desinteresados de esa dejadez. No obstante, amplios sectores sociales todavía son

conscientes de la importancia de la educación y de los riesgos que afronta. Pero la simple preocupación es insuficiente. Conduce a la negativa cultura de la queja que se presenta al presenciar un borrascoso horizonte y que frustra tantas posibilidades e incluso tantos esfuerzos.

Más allá de la resignación pasiva está la crítica, que también es frecuente. Pero la crítica es destructiva. No tiene sentido su utilización por quienes tienen algo que ofrecer. En cierto modo es la razón de por qué sólo ha sido utilizada tan eficazmente por la Ilustración y el socialismo como corrosivo del orden social. Sus derivados, la objeción de conciencia y la desobediencia civil, estimo que tampoco son medios adecuados para afrontar este reto a la libertad. Son medios de protesta que seguramente favorecerían al gobierno. Al fin y al cabo provienen de su ámbito ideológico e implicarían jugar con sus reglas y sus marcadas cartas, de modo que siempre estaríamos en desventaja, no podríamos dejar de pagar los tributos que nos asignen y ellos los gestionarían, pese a protestas más o menos testimoniales, contra nosotros mismos, como ahora. En cierto modo el continuo oleaje que ha ido erosionando el modelo de educación moral nos muestra que no se puede permanecer en la pasividad ni en la queja indefinida.

Otra posibilidad sería el diálogo y el acuerdo o compromiso entre grupos sociales antagónicos. Pero de los últimos años podemos aprender que cualquier acuerdo es siempre inestable y los temores al sometimiento no se disipan nunca, la necesidad de mendigar libertad educativa al gobierno tampoco. El sistema anula múltiples iniciativas, agosta la libertad auténtica en el sucedáneo del pluralismo. No se puede dialogar en condiciones diseñadas específicamente para que la libertad educativa no dé fruto. Si nos mantenemos en él pocas garantías de éxito tenemos. Tampoco cabe diálogo cuando no se comparte una empresa moral y cultural común –que no es lo mismo que pública-.

Pese a la inviabilidad del diálogo que he mencionado, creo que hay que ser constructivos y positivos. Caben dos posibilidades: atenerse a los cauces establecidos (por lo general lo establecido es poco innovador) o innovar con decisión (es lo más fructífero, tanto en materia educativa como en otras). En mi opinión, la principal innovación que podemos aportar a la libertad educativa está en la gestión comunitaria de la propia educación al margen del sistema estatal que trata de neutralizarnos, pero sin que éste pueda sofocarla financieramente, como hace ahora. Es una condición para que haya libertad real. El que cada comunidad cultural o social pueda articular su propia organización educativa abre la vía a una competencia entre sistemas o empresas educativas frente al actual paradigma impositivo de lo público. La competencia libre es el marco en que las propuestas educativas deben evaluarse allí donde no son conmensurables los objetivos ni los presupuestos ni nada.

Que cada comunidad social o cultural organice su propia educación conlleva el riesgo de fracaso inherente a toda empresa humana. La propaganda de la educación pública parece que no reconoce riesgos similares en su propuesta; no es que esté exenta de ellos sino que los defensores de lo público tienen más facilidad para ocultar sus fracasos en el maremagno del pluralismo que les ofrece una enorme capacidad de enmascarar los fiascos o acusar de ellos a sus enemigos, para lo que necesitan de la referida crítica. Pero la experiencia acumulada por instituciones que llevan siglos dedicadas a la educación, a veces en las circunstancias más adversas y hostiles, incluso con persecuciones cruentas, nos hacen ser optimistas respecto a ese posible fracaso y esperanzarnos con el futuro de la libertad.